

# Siete por diez

Retengan bien los lectores estas cifras, porque en más de una ocasión habrán de servirse de ellas.

Como ha sido ya advertido a través de la prensa, el correo no puede admitir las tarjetas de visita cuyo sobre no alcance la medida de los siete por diez centímetros reglamentarios, que es la mínima para que la correspondencia sea cursada por correo.

Retengamos, pues, la cifra de «siete por diez» y todo marchará como una seda.

# anconora

SAN FELIU DE GUIXÓLS

3 DE JULIO DE 1952

## 7 DIAS

## La Escuela del odio

Nos quejábamos, hace ya dos años, y en estas mismas páginas, del auge que iba tomando la literatura dicha infantil de las revistas ilustradas. Nos referíamos a la mala literatura fingidamente destinada a la infancia. La de la violencia y el crimen. Pues bien, acabamos de leer un a-

leccionador reportaje en una revista británica acerca de los peligros de esa literatura, según ellos procedente de Norteamérica. Llegan los ingleses incluso, a nombrar una comisión oficiosa que entienda acerca de la importación de los que allí llaman «comics» americanos, y, en todo caso, los seleccione o prohíba. Así, como suena.

Los «comics» americanos, de los cuales son un débil reflejo y mala imitación los «episodios» que aquí suelen publicarse en tamaño de cuaderno o en libreta apaisada, se refieren a cuatro tipos dominantes: «Oeste» «Sexo» «Ciencia» «Crimen» a los cuales se ha venido a añadir ahora un quinto tipo de tremenda eficacia colectiva: «Guerra».

Las leyendas que acompañan a los dibujos, —generalmente estupendos— son intraducibles en su matiz, muy americano. Vemos a un grupo de cuatreros dispuestos a ponerse a las órdenes de una muchacha montada en alazán que los arenga: «Vamos, chicos ¡A por ellos!» Tal vez este tipo de «western» sea el más inocente, pero es que a menudo se combina con el de Sexo» Y aquí está el peligro. La leyenda que ilustra el dibujo del episodio con temática sexual no podemos traducirla, porque en español resultaría demasiado grueso. Baste saber que muchas veces en tales episodios, un par de muchachos pasan aventuras con chicas harto alegres o con bailarinas. Por lo visto el secreto reside en que estas historietas caigan en manos de personas mayores, o de chicos y chicas crecidos. El tipo «Ciencia» es funesto. Un hombre logra resucitar a su esposa, que aparece en el laboratorio en forma de un cuerpo a medio descomponer, horrible, y que le dice: «Lograste que volviera a tu lado y ya no me separaré de tí nunca más. Anda, tómate en tus brazos... para siempre!». Este es el fin del episodio.

El tipo «Crimen» es el mismo de las novelas policíacas, pero con intervención de niños y niñas en ellos, ya sea como víctimas («Los asesinos de escolares» reza uno de ellos) ya como instrumentos de violencia o venganza.

Finalmente el tipo «Guerra», viene estos últimos tiempos siendo alimentado por los episodios novelados de la contienda de Corea. Tal vez la in-

tención propagandística sea en estos cuadernos lo más importante, pero hay que reconocer que está muy mal expresada: «Unas manos de soldado americano, sostienen el cordel con que estrangulan a un soldado norcoreano o chino rojo. El asesinato, por lo visto, que no ya el juicio sumarísimo, es lícito cuando se trata de eliminar como sabandijas a los enemigos....»

Queremos señalar una vez más lo difícil que resulta sacar una impresión de honestidad profesional en quienes elaboran y publican tales ponzoñas. Nuestro artículo anterior data de Octubre de 1950 y se titulaba «La fuente envenenada». Hoy, a dos años casi de distancia, la situación no ha mejorado mucho. La misma falta de ingenio o la misma torpe imaginación guían los pasos de los editores de tales engendros: Norteamérica da la pauta: de todo hay en la viña del Señor, pero la inmensa mayoría de tales historietas, importa señalarlo, no van destinadas a la infancia, sino a los adultos, o a la juventud ansiosa de emociones turbias, y que ha crecido entre oleadas de fango ensangrentado. Y observen Vds. que tales historietas tienen, para la mentalidad del hombre moderno (moderno en lo material) una ventaja embrutecedora: no hace falta leer mucho. Unas pocas palabras salen de la boca de los personajes dibujados. El dibujo da lo demás. Pocas letras, poca reflexión. Pero mucho puñal, mucho rayo mortífero, mucho veneno, mucha carne de mujer, mucha sangre, mucho puñetazo que estalla como si echara chispas. Y como una soterraña corriente, mucho odio. De los contendientes sobra siempre uno. La feroz lucha a muerte. El que vence, vence totalmente, y va enseguida en busca de una nueva víctima. Buenos y malos tienen los mismos procedimientos, con lo que dejan de diferenciarse. Resumiendo un poco: los «comics», aquí episodios, tienen, en su mayoría, el designio de alimentar pasiones y, de paso, embrutecer conciencias juveniles. ¿Quién se beneficiará a la larga de ello?

J. V. A.

Sintonía

## CINCUNETENARIO VERDAGUERIANO

Verdaguer ha muerto. La noticia corrió como la pólvora inundando las almas de dolor. Todos perdían con la muerte del vate un algo muy íntimo y querido clavado en la misma entraña del alma popular. Todos, incluso los que estábamos por venir, perdimos aquel día un algo, muchísimo, de ese todo que forma el caudal de las letras más preclaras, de las artes más sublimes, de las virtudes y gestas más heroicas.

Casualmedte en este año en que el mundo católico acaba de convertirlo en símbolo arrollador de la Eucaristía, se cumple el cincuentenario de la muerte del poeta de los místicos amores y los cantos eucarísticos.

Hace medio siglo—glosó un autor estos días—aquellas manos ungidas dejaron de pulsar su lira privilegiada. Pero los acentos que de ella supieron arrancar no han muerto, ni morirán nunca, mientras quede en nuestra patria una iglesia con Tabernáculo o un altar de la Virgen y un átomo de espiritualidad en nuestros hogares cristianos. Sus creaciones épicas reverdecen indefinidamente los laureles de una gloria bien merecida; el místico lirismo de sus cantos marianos y eucarísticos formará otra antología, más humilde tal vez, pero más cálida, más viva, porque resonará por siempre en el alma de nuestro pueblo.

Su recuerdo, al menos, lo marcaron ya indeleble nuestros padres en un alarde de reverencia y gratitud, digno de un acontecer, de cuantos acontecimientos, por resonantes y evidentes, nada tienen que ver con la puerilidad de otros que no alcanzaron a más que a flirtear con el voluble y flotante accidente de la anécdota.

Cada ciudad, villa o aldea consagró al poeta de Folgaroles una Plaza, una rambla, una calle, en rotunda manifestación de como la obra verdagueriana caló en lo más hondo de la entraña. Muchas son las entidades y agrupaciones que llevan el nombre de Verdaguer, en aras de cobijarse bajo nombre ilustre y de perpetuar a través del tiempo tan bendita memoria.

Esperamos, pues, que la ciudad honrará con algún acto a Verdaguer en este cincuentenario.

Pol



## FANTASIA

por L. D'ANDRAITX

Noche de San Juan...

Por qué saldrán hoy las estrellas, si los cohetes disfrazan el cielo con manto de lentejuelas y sus estampidos hieren de la noche el gran silencio?

Nuestra Tierra, desde Castor, desde Polux o desde cualquier lucero, con sus fogatas ardiendo, en cada plaza o esquina, debe parecer un cielo.

Las estrellas asustadas de los fuegos verbeneros querían cubrir sus cuerpos, y llamaban a las nubes, que dormían con el viento.

Y entonces habló la Luna:

No veis, niñas, que son los hombres, que juegan?

Es la noche de San Juan, —Venus sabrá algo de éello,— noche que niega a la noche, obscuridad sin sueño, poblada de farolillos y de llamas, de gritos y de susurros, de sonrisas prestadas y de inconsciencia.

Hoy, los hombres no piensan; no quieren...

Hoy y mañana, un mismo día!

Un largo hoy sin noche en la calle.

No, para todos!

Y ese quinqué encendido de aquella ventana abierta..?

Sobre una mesa trabaja, un escritor con denuedo.

Estrellitas, esperad! No os ocultéis!

Ese señor de la pluma saldrá al balcón para veros, cuando acaben los cohetes y se quede quieto el cielo. Cada noche yo le veo absorto, entre papeluchos, y al final de la tarea no se olvida de mirarnos, antes de llamar al sueño.

Estrellitas, esperad!

En aquella terraza, en pico, sobre el rompiente del mar, hay un un niño, que protesta:

«No me gustan las estrellas, estas estrellas ruidosas y que mueren en las aguas, después de caer del cielo. Me gustan las otras, las blancas, hermanitas de la luna, aquellas que tienen nombre y que sé donde se encuentran.

Por qué hoy las cubre la bruma de ese humo rojinegro?

No quiero acostarme sin verlas!»

Esperad, estrellas!

Allá, en lo alto del monte, el viejo, que olvidó fiestas, es su fiesta cada noche mirar un buen rato al cielo. Sus sueños serían negros, si no os viera: tormenta, granizo.... Sabe Dios, que soñaría, si viese cubierto el cielo...!

Esperad, estrellas!

Dejad que unos hombres jueguen con sus luceros pintados, en la noche verbeneral!

Pronto se cansarán; qué duro un capricho de ellos?

Esperad! Para el viejo y para el niño, para el que trabaja y vela.

\* \* \*

Las estrellas, obedientes, se quedaron en el cielo.

A las tres, al acostarme, no faltaba una, en su puesto.